

Suprimid de ese suelo la civilización, y no quedará á los habitantes más que la guerra, la caza, la pitanza y la embriaguez. El amor risueño, los dulces sueños poéticos, las artes, el pensamiento ágil y sutil quédase para las afortunadas playas del Mediterráneo. Aquí el bárbaro que, mal resguardado en su fangosa cabaña, oye caer la lluvia durante días enteros sobre las hojas de las encinas, ¿qué ensueños puede tener cuando contempla su lodo y su cielo empañado?

## II

Corpanchones blancos, flemáticos, con fieros ojos azules y pelo de un rubio rojizo; estómagos voraces, repletos de carne y queso, y caldeados por bebidas fuertes; un temperamento frío, tardío para el amor (1); apego al hogar doméstico; propensión á la embriaguez brutal: tales son aún los caracteres que la herencia y el clima conservan en la raza, y son los mismos que ofreció en su primer país á los ojos de los historiadores romanos. No se vive en esas comarcas sin abundante y sólida alimentación; el mal tiempo encierra á los moradores en sus casas; para reanimarlos, se necesitan bebidas fuertes; sus sentidos son obtusos, sus músculos resistentes, sus voluntades

(1) Tácito: *De moribus Germanorum*, passim: Diem, noctemque continuare potando, nulli probrum.— Sera juvenum Venus.— Totos dies juxta focum atque ignem agunt.— Dargaud: *Voyage en Danemark*. Seis comidas al día, la primera á las cinco de la mañana. Véase las figuras y las comidas en Hamburgo y en Amsterdam.

enérgicas. En todo país el hombre se adhiere á la naturaleza por todas sus raíces corporales, y tanto más cuanto mayor es su incultura y menor su emancipación por consiguiente. Estos de Germania, en medio de sus tempestades, dentro de sus misereros barcos de cuero, entre los rigores y los riesgos de la vida marítima, se hallaban hechos como ningunos para la resistencia y las empresas difíciles, á fuer de curtidos en el sufrimiento y despreciadores del peligro. Piratas ante todo, porque la caza del hombre es la más noble y provechosa, dejaban el cuidado de la tierra y de los rebaños á las mujeres y á los esclavos: navegar, combatir y saquear (1), era para ellos cuanto competía á un hombre libre. Se lanzaban al mar en sus barcas de dos velas; arribaban á la ventura; mataban, é iban á otro lado á proseguir sus fechorías, después de degollar en honor de sus dioses la décima parte de los cautivos, y dejando tras de sí el resplandor rojizo del incendio. «Del furor de los jutos, decía una letanía, libranos, Señor.» «De todos los bárbaros (2), son los de cuerpo y de corazón más firmes, los más temidos; añádase los más «cruelmente feroces». Convertida en oficio, la matanza llega á ser un goce. Hacia fines del siglo VIII, la descomposición definitiva del gran cadáver romano, que Carlomagno había querido reanimar y que se disolvía roído de podredumbre, los atrajo á la presa como buitres. Los que habían quedado en Dinamarca, con sus hermanos de Noruega, paganos fanáticos y encarnizados contra los cristianos, cayeron sobre todas las riberas. Sus reyes de mar (3)

(1) Beda, v, 10; Sidonio, VIII, 6; Lingard, *Historia de Inglaterra*.

(2) Zósimo, III, 147; Ammiano Marceino, XXVIII, 526.

(3) Vikings. Agustín Thierry, *Hist. Sancti Edmundi*, t. VI,

«que nunca habían dormido bajo las vigas ahumadas de un techo, que nunca habían vaciado el cuerno de cerveza en un hogar habitado», se reían de los vientos y las tormentas, y cantaban: «El soplo de la tempestad ayuda á nuestros remeros; el mugido del cielo y el rayo no nos dañan, el huracán está á nuestro servicio y nos lleva adonde queremos ir.» «Hemos esgrimido nuestras espadas (dice un canto atribuido á Ragnar Lodbrog): ¡era para mí un placer igual al de tener á mi lado una hermosa doncella!... El que no es herido nunca, lleva una vida enojosa.» Uno de ellos mata con sus manos á todos los monjes del monasterio de Peterborough, en número de ochenta y cuatro; otros, habiendo prendido al rey Alla, le abren las costillas y le arrancan los pulmones. Haroldo Pie de Liebre, habiéndose apoderado de su competidor Alfredo, con seiscientos hombres, mandó desojarlos y desjarretarlos, ó desollarles el cráneo, ó sacarles las entrañas. Suplicios y carnicerías, sed de peligros, furor de destrucción, audacias porfiadas é insensatas de un temperamento asaz vigoroso, desenfreno de los instintos carniceros: he ahí los rasgos que aparecen á cada instante en las antiguas Sagas. La hija del Iarl danés, viendo que Egill quiere sentarse á su lado, le rechaza con desprecio, porque rara vez ha deparado «á los lobos manjares calientes, y porque en todo el otoño ha oído graznar al cuervo sobre la carnicería». Pero Egill la coge, y la aplaca cantando: «Iba yo con la espada ensangrentada, y el cuervo me seguía. Hemos combatido furiosos; cerníase el fuego sobre la vivienda de los hombres, y adormecimos en la sangre á los

441, apud Surium. Véase la *Yglingasaga*, y sobre todo la *Saga de Egill*.

que vigilaban á las puertas de la ciudad.» Por esas palabras y esos gustos de una doncella, juzgad de lo restante (1).

Helos ahora en Inglaterra, más sedentarios y más ricos: ¿creéis que hayan cambiado mucho? Cambiado, quizá, pero de mal en peor, como los francos, como todos los bárbaros que pasan de la acción al goce. Son más glotones; despedazan sus puercos; se atiborran de carne; beborrotean hidromiel, cerveza, vino de *pigment*, todas esas bebidas fuertes y ásperas que han podido agenciarse; y con eso se animan y alegran. Añádase á todo el placer de combatir, y se comprenderá que no es con tales instintos como se llega pronto á la cultura; la cultura natural y rápida hay que buscarla en las poblaciones vivas y sobrias del Mediodía. Aquí el temperamento tardo y pesado (2) permanece sumido mucho tiempo en la vida brutal. Nosotros, gente de raza latina, no vemos al pronto en esos hombres más que bestiazas torpes y ridículas, cuando no rabiosas y temibles. Hasta el siglo XVI, la masa del país, según un antiguo historiador, apenas se compuso más que de pastores dedicados á la custodia de reses de carne y lana; hasta fines del siglo XVII, el goce de la clase elevada fué la embriaguez; lo es aún de la clase baja, y todos los refinamientos de las delicade-

(1) Francos, frisones, sajones, daneses, noruegos é islandeses, son un mismo pueblo. Apenas difieren sus lenguas, sus leyes, sus religiones, sus poesías. Los que están más al Norte conservan más tiempo las primitivas costumbres. Germania en los siglos IV y V, Dinamarca y Noruega en el VII y en el VIII, Islandia en el X y el XI, ofrecen el mismo estado, y los documentos de cada país pueden llenar las lagunas que existen en la historia de los otros.

(2) Tácito: *De moribus Germanorum*, XXII. Gens nec astuta, nec callida.

zas y de la humanidad modernas no han abolido allí el uso de la vara y las puñadas. Si el bárbaro carnívoro, belicoso, bebedor, duro á las intemperies, aliena aún bajo la regularidad de nuestra sociedad y bajo la dulzura de nuestra cortesía, figuraos lo que debía ser cuando, desembarcado con su gente en una comarca devastada ó desierta, y convertido por primera vez á la vida sedentaria, veía en el horizonte los pastos comunes de la Marca, y el gran bosque primitivo que proporcionaba ciervos á sus cacerías y bellotas á sus puercos. Eran hombres «de grande y grosero apetito (1)», dicen las antiguas historias. Aun en tiempo de la conquista (2), «la costumbre de beber con exceso era el vicio común de las personas de alto rango, y á él se entregaban sin interrupción días y noches enteras». En el siglo XII, Enrique de Huntington, suspirando por la antigua hospitalidad, dice que los reyes normandos no daban á sus cortesanos más que una comida al día, mientras que los reyes sajones les daban cuatro. Un día que Athelstan visitaba con los nobles á su parienta Ethelfede, se agotó de buenas á primeras la provisión de hidromiel á consecuencia de la enormidad de los tragos; pero san Dunstano, adivinando la inmensidad del estómago regio, había abastecido la casa, y así «los escanciadores, según la costumbre de las fiestas reales, pudieron servir de beber durante todo el día en cuernos y otras vasijas». Cuando los convidados estaban ahitos, pasaba el arpa de mano en mano, y resonaba bajo las bóvedas la ruda armonía de aquellas voces profundas. En los mismos

(1) *Pictorial history of England*, por Craig y Mac-Farlane, I, 337. W; de Malmsbury, Enrique de Huntington, VI, 365.

(2) Turner: *History of the Anglo-Saxons*, III, 29.

monasterios, en tiempo del rey Edgardo, oíase hasta la media noche el ruido de los juegos, de las canciones y de los bailes. Gritar, beber, agitarse, sentir las venas caldeadas y henchidas por el vino, oír y ver en derredor el tumulto de la orgía, era la primer necesidad de los bárbaros (1). La torpe bestia humana se sacia de sensaciones y de ruido.

Para este apetito hay un pasto más fuerte: las refriegas y las batallas. En vano se apegan al suelo tales hombres y se hacen agricultores en grupos y en sitios distintos; en vano se encierran (2) en su marca con su parentela y sus compañeros, unidos entre sí y separados de los demás por límites sagrados, por encinas seculares donde graban figuras de aves y de cuadrúpedos, por estacas clavadas en medio de los pantanos y á cuyo violador se castiga con suplicios atroces. En vano esas marcas y esos gaus se agrupan en Estados y acaban por constituir una sociedad algo ordenada, provista de asambleas, regida por leyes y dirigida por un rey único. Su misma estructura indica las necesidades á que provee. Aquellos hombres se reúnen para mantener la paz: tratados de paz es lo que celebran sus parlamentos, y providencias para la paz es lo que estatuyen sus leyes. La guerra impera en todas partes y á diario. Todos tienen que vivir prevenidos para que no los cautiven, los mutilen, los saqueen, los maten; y las mujeres, además, para que no las violen (3).

(1) Tácito: *De moribus Germanorum*, XXII, XXIII.

(2) Kemble: *Saxons in England*, I, 70; II, 184. «Los acuerdos de un Parlamento anglo-sajón son una serie de *tratados de paz* entre todas las asociaciones que componen el Estado, una revisión y una renovación perpetuas de todas las alianzas ofensivas y defensivas entre todos los hombres libres. Son invariablemente contratos mutuos para el mantenimiento de la paz»

(3) Turner, III, 238, *Leyes de Ina*.

Todo hombre debe estar armado y dispuesto á rechazar á los merodeadores, en unión con los de su pueblo ó ciudad; los merodeadores van en partidas: las hay de treinta y cinco, y aun más numerosas. El animal es todavía demasiado potente, demasiado fogoso, demasiado indómito. La cólera y la codicia le precipitan al punto sobre su presa. La historia de los siete reinos, tal y como ha llegado á nosotros, se parece á «la de los cuervos y los milanos» (1). Matan ó esclavizan á los bretones; combaten á los galeses que quedan, á los irlandeses y pictos; se matan unos á otros, y son despedazados por los daneses. De catorce reyes que se suceden en Nortumbria durante un siglo, siete mueren violentamente, y seis son depuestos. Penda el de Marcia mata cinco reyes, y para tomar la ciudad de Bamborough, demuele todos los pueblos vecinos, amontona sus ruinas en una hoguera inmensa capaz de quemar á todos los habitantes, trata de exterminar á los nortumbrios, y perece á su vez por la espada á los ochenta años. Muchos de ellos son asesinados por sus thanes; talthane es quemado vivo; los hermanos se degüellan á traición. La cultura progresiva ha interpuesto entre el deseo y el acto, el tejido complejo y relajador de los cálculos y reflexiones; pero aquí el impulso es repentino, y provoca instantáneamente el asesinato y toda acción extrema. El rey Edwy (2),

(1) Expresión de Milton (*Kites and Crows*). Lingard, tomo I, cap. III. Esa historia se asemeja mucho á la de los francos en las Galias. Véase Gregorio de Tours. Los sajones, como los francos, se ablandan un poco; pero sobre todo se depravan, y son saqueados y acuchillados por los hermanos del Norte, que han permanecido salvajes.

(2) *Pictorial history*, I, 171. — *Vita sancti Dunstani; Anglia sacra*, II.

habiéndose casado con Elgita, parienta suya en grado prohibido, salió de la sala donde se bebía, el día mismo de la coronación, para irse al lado de ella. Los nobles se creyeron insultados, é inmediatamente el abad Dunstano se fué en persona á buscar al joven. «Encontró á la mujer adúltera (dice el monje Osbern), á su madre y al rey, todos juntos en el lecho de libertinaje. Arrancó al rey de allí violentamente, y ciñéndole la corona, le volvió á llevar ante los thanes.» Entonces Egita mandó sacar los ojos al abad; después, como sobreviniese una revuelta, huyó con el rey, «ocultándose por los caminos»; pero cayó en poder de las gentes del Norte, las cuales «la dejarretaron, y le hicieron sufrir la muerte de que era digna». Barbarie sobre barbarie. «En Bristol, durante la época de la conquista (1), era costumbre comprar hombres y mujeres en todas las partes de Inglaterra y exportarlos á Irlanda para revenderlos. Los compradores solían embarazar á las jóvenes, y las llevaban en cinta al mercado á fin de sacar mayores beneficios. Hubieseis visto con pena largas filas de jóvenes de ambos sexos de la mayor belleza, atados con cuerdas y puestos en venta diariamente...» Y el cronista añade que, habiendo renunciado á esa costumbre, «dieron así un ejemplo á todo el resto de Inglaterra». — ¿Se quiere saber cuáles eran las costumbres en las regiones más elevadas, en la familia del último rey (2)? Haroldo servía de beber al rey Eduardo el Confesor. Irritado su hermano Tosti, se abalanza á él de repente, y le coge de los pelos. Fué

(1) *Pictorial history*, I, 270. Vida de San Wulston, obispo.

(2) «Tantae saevitiae erant fratres illi quod, cum alicujus nitidam villam conspicerent, dominatorem de nocte interficere juberent, totamque progeniem illius possessionemque defuncti obtinerent.» Turner, III, 32; Enrique de Huntington, VI, 367.

menester separarlos. Tosti se va á Hereford, donde Haroldo había mandado preparar un gran banquete regio; mata á los servidores de Haroldo; les corta la cabeza y los miembros; los pone en vasijas de cerveza, de vino, de hidromel y de sidra, y manda decir al rey: «Si vas á tu hacienda, verás allí una buena ración de carne salada, pero harás bien en llevar algunas otras piezas contigo.» El otro hermano de Haroldo, Sueno, había violado á la abadesa Edgiva y asesinado al thane Beorn; luego, desterrado del país, se hizo pirata. Al ver los arrebatos de esos hombres, su ferocidad, sus risas falsas de canibales, se adivina que no necesitaban recorrer mucho camino para tornarse nuevamente reyes del mar y parientes de aquellos sectarios de Odino que comían carne cruda, colgaban hombres de los árboles sagrados de Upsal á guisa de víctimas, y se mataban á sí propios para morir, como habían vivido, en medio de la sangre. Cien veces reaparecen los feroces instintos añejos bajo la tenue corteza del cristianismo. En el siglo XI, «Sigeward (1), el gran duque de Nortumberlandia, atacado de un flujo de vientre y sintiendo acercarse la muerte: «¡Qué vergüenza (dice) no haber podido morir en tantas guerras, y acabar de este modo como las vacas! Ponedme siquiera la coraza, ceñidme la espada, colocadme el casco en la cabeza, el escudo en la mano derecha y el hacha dorada en la izquierda, para que un gran guerrero, cual yo, muera como guerrero.» Se hizo lo que decía, y murió así honrosamente con sus armas. Aquellos hombres habían dado un paso fuera de la barbarie, pero nada más que un paso.

(1) *Pene gigas statura*, dice el cronista, 1055. Kemble, I, 393. Enrique de Huntington, lib. VI, 367.

## III

Esa nativa barbarie ocultaba nobles inclinaciones, desconocidas del mundo romano, y que debían erigir sobre sus ruinas un mundo mejor. En primer termino, «cierta seriedad que los aparta de las frivolidades y los inclina hacia los sentimientos elevados (1)». Desde un principio se los ve así en Germania, con severas costumbres, graves inclinaciones y una dignidad viril. Viven solitariamente, cada uno junto al manantial ó junto al bosque cuyo aspecto le ha atraído (2). Aun en las aldeas no se tocan las cabañas: sus habitantes necesitan independencia y aire libre. No los llama la voluptuosidad: en ellos es tardío el amor, la educación dura, la alimentación sencilla. Todas sus diversiones se reducen á cazar el toro salvaje y á saltar entre espadas desnudas. La embriaguez violenta y las apuestas preligrosas: he ahí el flaco: se inclina á buscar, no los placeres dulces, sino la excitación fuerte. En todas las cosas, en los instintos rudos y en los instintos varoniles, son *hombres*. Cada cual, en sus dominios, en su tierra y en su choza, es dueño de sí, sin que nada le doblegue ni quebrante su entereza. Cuando la comunidad toma algo suyo, es porque él lo concede. Vota armada en todas las grandes resoluciones

(1) Grimm: *Mythologie*, 53, Prólogo.

(2) Tácito, XX, XXII, XI, XII, XIII, y *passim*. Se pueden ver aún las huellas de ese gusto en las construcciones inglesas.